

La industria siderúrgica en la encrucijada

La gravedad del problema siderúrgico nacional no puede a estas alturas sorprender a nadie. Conforme han ido transcurriendo los años, la siderurgia española ha venido mostrando su incapacidad para abastecer y asegurar la expansión económica de los años 60. Si bien se han previsto fuertes inversiones por parte del Estado, el déficit ha alcanzado tales dimensiones que, sin acudir a soluciones radicales, difícilmente podrá resolverse la situación. Las cifras que recogemos en el siguiente cuadro son una buena prueba de ello:

PRODUCCION Y CONSUMO DE ACERO

	1962	1963	1964	1965	1966
Producción nacional	2,3	2,7	3,1	3,5	3,8
Consumo nacional	2,8	3,5	4,3	5,9	6,2

(En millones de toneladas)

Las consecuencias de este fuerte desequilibrio entre consumo y producción, entre oferta y demanda, no pueden ser otras que un continuo incremento de las importaciones de acero, a lo que ha contribuido, sin duda, la liberación del mercado iniciada en 1962, pero que, en su mayor parte, fueron imprescindibles para sostener la expansión industrial de los últimos años. En 1966, las exportaciones ascendieron a 2,3 millones de toneladas métricas, lo que supone un 57,8 por ciento de la producción nacional.

No descubrimos nada nuevo si decimos que durante muchos años la siderurgia ha vivido un largo y profundo letargo. Han sido muchos años de proteccionismo, monopolios y grandes beneficios. Las plantas integrales se han descuidado. Los trabajadores demandan salarios más altos. Más allá de las fronteras se considera que toda planta siderúrgica cuya producción sea inferior a dos millones de Tm. no resulta rentable. Sólo la planta integral de ENSIDESA, el tren de laminación de UNINSA y el último convertidor adquirido para Altos Hornos se salvan de un naufragio casi general. Por eso bastó que se iniciase el proceso de liberalización de los productos siderúrgicos para que surgiesen las dificultades. Desde entonces, las empresas no han descansado de solicitar la ayuda del Estado. Una y otra vez se solicitan créditos, subvenciones, alzas temporales del arancel, etc., etc.

Por Orden de la Presidencia del Gobierno, de 22 de agosto de 1964, se fijaron las bases de la Acción Concertada con el sector siderúrgico. Por medio de la Acción Concertada el Estado puso a disposición de las empresas una serie de beneficios a cambio de determinadas obligaciones que, hasta la fecha y en la mayoría de los casos, no se cumplen o marchan con notable retraso. El Estado concederá a la industria siderúrgica créditos por valor de 43.628 millones de pesetas, que representen el 70 por ciento de todas las inversiones hasta 1972. En otra ocasión nos preguntáramos en esta misma columna: ¿Si el Estado ha de invertir tales cantidades en la realización del Programa Siderúrgico nacional y, por otra parte, la sola empresa capaz de desarrollar en un marco internacional es precisamente ENSIDESA, por qué esta ayuda fabulosa a la empresa privada? ¿Por qué se siguen sosteniendo intereses marginales y particulares en defecto de utilizar caminos mucho más rentables?

Sin embargo, a pesar de la fuerte participación estatal, los problemas siderúrgicos siguen agravándose. Casi tres años después de la primera Acta de Concerto, la producción de todas las plantas integrales sigue muy por debajo de lo que hoy se entiende por condiciones mínimas deseables. Una buena parte de las inversiones nos tememos que siguen dirigiéndose a sostener complejos siderúrgicos cuyo mejor destino es su completa desaparición. Sabemos de una importante empresa que, contando con 5.000 trabajadores, no alcanza a producir 250.000 Tm./año. Por desgracia, la decisión de invertir, los programas de reestructuración, etcétera, etc., siguen estando marcados por el mismo signo que en años precedentes.

La alternativa que se ofrece está perfectamente definida. ¿Se siguen sosteniendo los intereses particulares y tradicionales en este sector a riesgo de perjudicar a la industria transformadora y al propio desarrollo económico del país, o se pasa activamente a racionalizar el sector? Estamos de nuevo ante la disyuntiva que con tanta frecuencia se presenta en los últimos años: capitalismo tradicional o expansión del neocapitalismo.

A decir verdad, el que esto escribe no tiene vela en este entierro. Sin embargo, la evolución de la sociedad industrial, en los últimos años, ha puesto de manifiesto que cuando la iniciativa privada no responde, el Estado, salvaguardando los intereses de otros sectores industriales, se hace cargo de la situación. La nacionalización no es una panacea, sino una exigencia más del neocapitalismo, que intenta la continuidad del sistema, pero que en muchos casos —y en éste parece probado— evita una cuantiosa dilapidación de recursos económicos, favoreciendo a la vez una importante mejora en las estructuras económicas.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ

Eceiza: tres caminos

HACE ya cuatro años que Antonio Eceiza, después de una experiencia breve como documentalista —"A través de San Sebastián", "A través del fútbol"— y una más amplia como teórico y guionista, realizó su primer largo, que acaba de estrenarse hace un par de semanas. En estos cuatro años Eceiza ha realizado dos películas más, que habían permanecido, igualmente, sin estrenarse. De pronto, en el periodo de unos meses, las tres han salido al mercado. "Último encuentro", su último film, se estrenó en Madrid el mismo día que pasaba en el Festival de Cannes. "El próximo otoño" y "De cuerpo presente" se han sucedido en la cartelera madrileña. El primer estreno de Eceiza, el de su último film, sembró la confusión entre quienes le habían seguido a través de sus escritos en revistas especializadas, como "Nuestro Cine" y anteriormente "Acento": al espectador normal le volvió la espalda y su duración en cartel se redujo a una semana.

Luego, al cabo de unos meses, se han estrenado sus otras dos películas. La primera y la segunda. Ya este anárquico orden, debido a los axiomas de la distribución, presupone un serio handicap a la hora de intentar plantearse un juicio objetivo sobre la obra de un realizador. A otra escala, y al margen del axioma de que "una imagen es una imagen", es preciso tener en cuenta que, en la trayectoria profesional de Eceiza, se hace imposible el separar el objeto fílmico del inintermitente cuestionarse sobre "¿qué hacer?" en unas determinadas circunstancias nacionales.

Ligado desde sus comienzos al productor Elías Querejeta, indudablemente al hombre que más ha hecho por el "nuevo cine español", Eceiza ha ido intentando caminos diversos. "El próximo otoño" se encuadra en un realismo de primer grado, con raíces en el viejo neorealismo italiano, y en el que son evidentes las influencias del movimiento superlativo de aquél, y especialmente de un film concreto que causó enorme impacto en el momento de su estreno en España, inmediatamente anterior al de gestación de la película: "La chica de la maleta", de Valerio Zurlini. La película, en su momento, de haber sido estrenada entonces, habría logrado interesar profundamente, a pesar de sus fallos de guión y de una cierta precipitación en la puesta en escena, hoy, sin que haya perdido su interés, éste se ha aminorado considerablemente. Cuatro años pesan siempre, en cine, cuando no se trata de obras maestras, y pesan más cuando los films por los que pasan son, de un lado, "opere primo", y de otro, se inscriben en el contexto de una cinematografía y de una individualidad en desarrollo.

"De cuerpo presente", segunda película de Eceiza, va por una vía diametralmente opuesta: se trata de un cine de ruptura, en el que se demuelen las reglas tradicionales de la narrativa, los esquemas del realismo, las constantes del cine español. Basado en una novela de Gonzalo Suárez —a quien también se debe la base literaria de "Fata Morgana", de Vicente Aranda, y que ha pasado al campo de la realización con "Dittorombo"— el film brilla, en primer lugar, por una inventiva inabituada en nuestro cine y por una libertad formal igualmente insólita. El ritmo frenético con que empieza decae un tanto en la segunda mitad —es muy difícil, por no decir imposible, el mantener una tensión semejante en una segunda obra— pero no se anula. Episodios como el del Western, personajes como el de Evelynne, gays como el del hombre muerto por el marido celoso, son totalmente nuevos en el panorama del cine español, atrevidos a bombardear desde el interior unas estructuras no sólo cinematográficas y narrativas, sino todo un sistema de ideas recibidas lo es igualmente. El problema que puede plantear la película, aún por resolver, es el de su eficacia en las taquillas.

En función de esta duda sobre la eventual rentabilidad del producto, al margen de su categoría artística, Eceiza y Querejeta se plantearon la realización de "Último encuentro", concebido sobre el papel como la película comercial por excelencia —asunto lindante con el melodrama, flamenco, figuras importantes en el reparto— que, por ello, no abdicara ni de un rigor estético ni de una posición ideológica digna. Ante dos públicos diferentes, sin embargo —el del Palacio del Festival de Cannes, el del cine Gran Vía de Madrid—, la película falló el mismo día. ¿Qué hacer? Esto es lo difícil, aunque —es una peregrinación, pero hay que decirlo— el único modo de encontrar el camino es buscarlo poniendo un pie delante del otro.

Lo que resulta evidente, con la perspectiva del tiempo y la facilidad de síntesis que supone el estreno de las tres películas casi al mismo tiempo, es que Eceiza se ha encontrado más a gusto en "De cuerpo presente" que en sus dos otros films y que, en consecuencia, se trata de su mejor película y de una de las que, pese a los baches que pueda tener, resultan más interesantes entre las realizadas por los jóvenes directores españoles. No se trata, evidentemente, de aconsejar desde estas páginas que abandone cualquier otro camino para insistir en éste, ni mucho menos. Pero sí de constatar que, en cualquier caso, la obra realizada con mayor convicción, con mayor adecuación a la personalidad de su autor, prevalece siempre, en cuanto a resultados, sobre la planteada en función de unas bases excesivamente racionalizadas, organizadas en cuanto a unas líneas que, por otra parte, acaban resultando invariablemente imprevisibles.

CESAR SANTOS FONTENLA